

Al año siguiente, en 1949, aparece, en volumen conjunto con un ensayo de José Manuel Blecua, un estudio sobre *La poesía de Jorge Guillén* que revela a un excelente crítico de poesía que se adentra, sin apoyos sustanciales en la investigación anterior, en el difícil universo del gran poeta contemporáneo. Su análisis se ciñe a la sola base de la lectura analítica, tan atenta al plano del pensamiento creador como al de la expresión poética. No intenta explicar los poemas ni suministrar una clave reveladora, sino sugerir un punto de partida para la interpretación. Por esa vía va esclareciendo las actitudes del poeta y los atributos esenciales de su poesía: su objetividad, su sentido cabal de la palabra situada en el poema, su dinamismo.

Ese depurado anclaje en la operación de lectura no excluía de su crítica una base de conocimiento de los nuevos métodos de la estilística, y así lo había advertido Guillermo de Torre, quien, en una carta alusiva a un reciente libro de Casaldueiro, le anticipaba su disenso frente a estas nuevas prácticas de análisis: «Todo eso es pedantería germánica, o la vieja crítica gramatical del siglo pasado con supuesta piel nueva. Por haber dicho yo hace tiempo algo parecido, tuve un pequeño disgusto con Amado Alonso, fanático de ese pequeña secta.»⁸

Precisamente por mediación de Torre colaboraba Gullón regularmente en *Realidad* y, en forma esporádica, en *Sur*. Ambos tenían conciencia clara de sus respectivas funciones de «liberales templados» que, desde dentro y desde fuera de España, procuraban establecer un puente entre ambas orillas. Bajo la firma de Gullón aparecen varias colaboraciones con el título de *Carta de España*, en los números siete, diez, doce y catorce de *Realidad*; otras firmadas por *Un corresponsal* pertenecían a José Luis Cano. En la primera de las suyas, Gullón se ocupa de los premios literarios y, especialmente, del prestigio del *Nadal* y el *Adonais* frente a la escasa reputación de los premios oficiales. Acababa de obtener el segundo de ellos el libro *Alegría*, de José Hierro, y sobre él escribe Gullón logrando un perfil completo del poeta y una acertada caracterización de su poesía. En otra de estas *Cartas* se ocupa de novelas recientes, también aparecidas por influjo de los premios; sin embargo, concluye, desde *Tigre Juan* no se ha creado un personaje icónico y verdadero. En notas posteriores, generaliza este juicio desfavorable extendiéndolo al ensayo, la poesía, la crítica y al clima literario. Por el contrario, juzga que se escriben excelentes estudios sobre el pasado, cuyos autores no descienden de la crítica militante.

Estas *Cartas de España* y otras suyas análogas aparecidas posteriormente en *Sur*, *Ficción* y hasta en *Blanco y Negro*, boletín de la editorial Losada, permitieron que el público hispanoamericano conociera un panorama veraz y objetivo del estado de la literatura en la península en una etapa de incomunicación e incomprensión.⁹

⁸ Carta de Guillermo de Torre a Ricardo Gullón, 26-8-1948.

⁹ Ricardo Gullón, «Carta de España; Premios literarios», en *Realidad*, 7 en. feb. 1948, pp. 96-100; Id., «Carta de España. Dos novelas recientes», 10 jul.-ag. 1948, pp. 75-80; Id., «Carta de España; la crisis de la crítica», 14 mar.-ab. 1949, pp. 184-189.

2. El camino definitivo

Vivir no significa aquí caminar incesantemente hacia ninguna parte, sino sencillamente dejarse estar y esperar que un futuro sin enigmas llegue por sus pasos contados.

Ricardo Gullón

Tan fiel había permanecido Gullón a su vocación literaria, desarrollada a la par de su impecable actividad de magistrado que, en 1953 —contaba ya cuarenta y cinco años— decidió doblar aquella página de su biografía, marcharse a Puerto Rico y abrazar definitivamente una carrera de investigador, de profesor y de crítico literario que culminaría, luego, en las universidades norteamericanas en el máximo nivel académico de emérito.

En cada vida individual existe un momento decisivo en el cual la vida parece girar sobre un gozne, hubiera dicho su camarada Jarnés. Añadiremos que no siempre ese momento deja huellas visibles en la superficie. En el caso de Gullón, la clausura de la etapa previa, su instalación en Puerto Rico y su trayectoria posterior, tienen matices singulares, aunque casos análogos de ruptura y apertura se habían dado ya, más entre los exiliados que entre quienes se quedaron en España.

Llegó como profesor visitante a la Escuela de Leyes, en agosto de 1953 y permaneció hasta junio de 1955. El propósito principal de su viaje era recoger de labios de Juan Ramón Jiménez datos para un libro sobre él mismo y sobre el modernismo. Años después describía su estado de ánimo ante esta decisión que, a la vez que cambiaba su rumbo futuro, establecía una nueva perspectiva de lo vivido: «Recorriendo las solitarias avenidas del parque tuve la extraña impresión de que en ellas estaba cumpliéndose mi destino. Recapitulé en instantes, como dicen suele ocurrir en el punto de la muerte, veinte años de mi vida, y lo pasado me pareció de pronto vano y en parte perdido.» Y agrega: «Vivir no significa aquí caminar incesantemente hacia ninguna parte, sino sencillamente dejarse estar y esperar que un futuro sin enigmas llegue por sus pasos contados.»¹⁰

¿Vida perdida porque no había transitado por el rumbo único de la vocación verdadera? ¿Vida ajena, en cuanto había dilapidado parte de su tiempo en labores que no correspondían a su destino auténtico? Ahora el vivir ya no sería un «caminar incesantemente hacia ninguna parte», pero lo cierto es que el nuevo camino, el definitivo, estaba preparado por el anterior, el de la vocación puesta a prueba cada día, el del lector fervoroso, de curiosidad universal, el del crítico a la búsqueda de nuevos métodos para interpretar y explicar la obra literaria.

Lo recibían unos anfitriones excepcionales, Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí, y ellos lo introdujeron en el ambiente universitario de la isla. Hemos dicho que había viajado para escribir sobre el modernismo y sobre Juan Ramón, y de inmediato se puso a la tarea de recoger sus opiniones. De allí surgió un primer libro, *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez* (1958), memoria y diario de esas expe-

¹⁰ Conversaciones con Juan Ramón Jiménez, Madrid, Taurus, 1958, p. 35.

riencias, rico en datos y observaciones de ambos y del cual surge un retrato directo —uno de los más completos—, de Juan Ramón, y otro, indirecto, pero fidelísimo, de su interlocutor. No sólo se ocupa Gullón de trabajar sobre materias literarias, sino de vivir, y su libro registra su comprensión de América, de su música, «entrañable expresión de las complejidades que constituyen estos pueblos, estas almas sometidas a tantas influencias encontradas, a tantos inevitables desgarramientos»¹¹.

Vista el pueblo de Ciales, donde había nacido su mujer, Luisa, y Humacao, de donde viniera su abuela. Y revela una extraordinaria sensibilidad frente al paisaje, poco común en los escritos españoles de su generación. Merecerían, quizás, una antología los textos paisajísticos intercalados en este libro de género tan complejo: conversaciones, memorias, diario fragmentado. Quizás estaba detrás la huella de una obra que le había regalado en su juventud Jarnés, «un libro extraordinario» —recuerda muchos años después—, las *Conversaciones con Goethe* de Eckermann¹². Lo cierto es que se establece una relación entrañable entre el visitante y el poeta y su mujer, en «aquella atmósfera de grata serenidad y equilibrio perfecto entre creación y convivencia» en que ambos vivían. Guillermo de Torre —y otros, probablemente—, le habían advertido que procurara no chocar con Juan Ramón. Torre, refiriéndose al viaje que aquél había hecho a Buenos Aires en 1948, le contaba que había estado encantador «[...] y amistó íntimamente con personas que antes nos habíamos mantenido a cierta distancia de él, como yo mismo»¹³. Lo cierto es que Gullón no chocó con sus anfitriones y disfrutó de una comunidad académica cordial y placentera entre puertorriqueños como el Rector Jaime Benítez, Margot Arce, Nilita Vientós, argentinos como Luis Arocena y Enrique Luis Revol, españoles como Francisco Ayala y Federico de Onís.

Durante aquellos dos años comienza a crecer lo que será uno de los núcleos temáticos centrales de la labor crítica de Gullón hasta el final de su vida: el modernismo. Volverá a Puerto Rico en 1958, ya como profesor en la Facultad de Humanidades y, sobre todo, como organizador de la Sala Zenobia-Juan Ramón. Fueron aquellas unas intensas jornadas de trabajo apasionado que recuerdan con admiración quienes las compartieron con él¹⁴.

Entre tanto, completaba sus estudios sobre el poeta andaluz y sobre aquel movimiento. Porque, coincidiendo con las tesis de Onís y de Juan Ramón, piensa Gullón que el modernismo es un movimiento complejo en el cual concluyen desde la herencia romántica y el lirismo becqueriano hasta las corrientes mayores del parnaso y el simbolismo. Sólo así puede comprenderse la esencial unidad de la obra de poetas como Darío, Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez. Este planteo conlleva una serie de cuestiones que él definirá con entusiasmo y con pasión polémica. La primera, referida a las relaciones entre el noventaiochismo y el modernismo, se articula como un rotundo rechazo de la interpretación de Guillermo Díaz-Plaja: no hay oposición real entre ambos, puesto que el primero no es un movimiento literario, sino un estado de espíritu determinado por la coincidencia en cuatro o cinco afirmaciones de carácter moral más que político. Tampoco existen problemas de precedencia entre España e Hispa-

¹¹ *Ibid.*, p. 61.

¹² *Id.*, «Persona y personaje en Benjamín Jarnés», *Loc. cit.*, p. 99.

¹³ Carta de Guillermo de Torre a Ricardo Gullón, 16-9-1953.

¹⁴ Antonio Sánchez Romeralo, ed., «Homenaje a Ricardo Gullón», coloquio en la Universidad de California, Davis, 1-4/5-1988, en La Torre, III, 10 ab.-jun. 1989.